

El 9 de agosto de 1906 era el cuarto aniversario de la coronación de Eduardo VII, Rey del Reino Unido y los Dominios Británicos, y Emperador de la India. Daba la casualidad de que era también el cumpleaños número diecinueve de uno de los leales súbditos de Su Majestad, el segundo teniente León Courtney, de la Compañía C, 3^{er} Batallón, 1^{er} Regimiento de los Rifles Africanos del Rey, o los RAR, como se los conocía comúnmente. León pasaba este cumpleaños cazando rebeldes nandi a lo largo de la fractura geológica del gran valle del Rift, en el interior profundo de esa joya del imperio, el África Oriental Británica.

Los nandi eran un pueblo belicoso, muy propenso a la insurrección contra la autoridad. Habían estado en rebelión esporádica durante los últimos diez años, desde que su hechicero y adivino principal había predicho que una gran serpiente negra se iba a mover por sus tierras tribales arrojando fuego y humo, trayendo muerte y catástrofes a la tribu. Cuando el gobierno colonial británico comenzó a colocar las vías para el ferrocarril, con el propósito de poder ir desde el puerto de Mombasa, en el océano Índico, hasta las orillas del lago Victoria, casi mil kilómetros tierra adentro, los nandi interpretaron el proyecto como el cumplimiento de la temida profecía y las brasas de la insurrección se encendieron otra vez. Ardían con más brillo a medida que la punta de lanza del ferrocarril se acercaba a Nairobi, para luego dirigirse hacia el Oeste por el valle del Rift y las tierras tribales de los nandi rumbo al lago Victoria.

Cuando el coronel Penrod Ballantyne, el oficial que comandaba el regimiento de los RAR, recibió el despacho del gobernador de la colonia, en que se le informaba que la tribu se había alzado otra vez y estaba atacando posiciones aisladas del gobierno a lo largo de la ruta del ferrocarril propuesta, comentó con exasperación:

–Bien, supongo que simplemente tendremos que darles otra buena paliza. –Y ordenó a su 3^{er} Batallón que abandonara sus cuarteles en Nairobi para hacer precisamente eso.

Si hubiera podido elegir, ese día León Courtney se habría ocupado de otras cosas. Conocía a una joven a cuyo marido lo había matado no hacía mucho por un león salvaje en su *shamba* de café, en las colinas Ngong, a pocos kilómetros de la nueva capital de la colonia, Nairobi. Debido a que era un intrépido jinete, además de un prodigioso ariete con la pelota, León había sido invitado a jugar como número uno en el equipo de polo del marido de ella. Por supuesto, por su condición de subalterno de baja graduación, no podía permitirse disponer de varios caballos, pero algunos de los miembros más prósperos del club estaban encantados de patrocinarlo. Como miembro del equipo del marido muerto de la joven, León tenía ciertos privilegios, o por lo menos él se había convencido de ello. Después de un tiempo adecuado, una vez que la viuda se hubo recuperado de los más duros momentos de dolor, él fue a la *shamba* para ofrecer sus condolencias y respeto. Se sintió muy gratamente sorprendido al descubrir que ella se había recuperado de manera extraordinaria de aquella pérdida. Incluso con su ropa de luto, León la encontró más atractiva que cualquier otra dama que hubiera conocido.

Cuando Verity O’Hearne, porque ése era su nombre, reparó en el robusto muchacho vestido con su mejor uniforme, el sombrero de ala flexible, con la insignia del león y el colmillo de elefante del regimiento a un costado, y las botas de montar brillantes, vio en sus agradables facciones y su mirada franca una inocencia y un entusiasmo que le despertaron un cierto instinto femenino que al

principio supuso que era maternal. En la amplia y umbrosa galería de la hacienda le sirvió té y bocadillos untados con pasta de anchoas de la mejor calidad. Al principio, León se sintió incómodo y tímido en su presencia, pero ella se mostró gentil y lo condujo con habilidad, hablando con un delicado acento irlandés que lo cautivó. La hora pasó con una rapidez sorprendente. Cuando él se puso de pie para retirarse, ella lo acompañó hasta los escalones de la entrada y le dio la mano al despedirse.

–Por favor, teniente Courtney, si alguna vez está en las inmediaciones, vuelva a visitarme. A veces encuentro que la soledad es una carga pesada. –Su voz era grave y melosa, y su mano pequeña, de una sedosa suavidad.

Las obligaciones de León, como el oficial más joven del batallón, eran muchas y pesadas, de modo que pasaron casi dos semanas antes de que pudiera aprovechar aquella invitación. Una vez que terminaron el té y los bocadillos, ella lo condujo al interior de la casa para mostrarle los rifles de caza de su marido, que deseaba vender.

–Mi marido me dejó escasa de fondos, por lo que, lamentablemente, me veo forzada a encontrar un comprador para ellos. Tenía la esperanza de que usted, como militar, pudiera darme alguna idea de su valor.

–Estaré encantado de ayudarla de cualquier manera posible, señora O’Hearne.

–Es usted muy amable. Siento que es mi amigo y que puedo confiar en usted plenamente.

Él no pudo encontrar palabras para responderle. En cambio, fijó su mirada con humildad en sus grandes ojos azules; para ese momento ya era totalmente su esclavo.

–¿Puedo tutearlo? –preguntó ella, y antes de que él pudiera responder estalló en violentos sollozos–. ¡Oh, León! Estoy tan triste y tan sola –le dijo y cayó en sus brazos.

Él la apretó contra su pecho. Le pareció que era la única manera de consolarla. Ella era tan liviana como una muñeca y co-

locó su preciosa cabeza sobre el hombro de León, devolviéndole el abrazo con entusiasmo. Después él trató de recrear lo que había ocurrido, pero todo era una mancha confusa y extática. No podía recordar cómo habían llegado a la habitación de ella. La cama era un mueble grande y muy elaborado, con estructura de metal, y mientras yacían juntos sobre el colchón de plumas, la joven viuda le dio una visión de lo que podía ser el Paraíso y cambió para siempre el punto de apoyo sobre el que la existencia de León giraba.

Y ahora, muchos meses después, en el calor que brillaban tenuemente en el valle del Rift, mientras conducía su destacamento de siete *askari*, tropas tribales reclutadas en el lugar, en formación abierta a bayoneta calada, por la exuberante plantación de bananas que rodeaba los edificios de las oficinas centrales del comisionado del distrito en Niombi, León pensaba no tanto en sus obligaciones como en el pecho de Verity O’Hearne.

A su izquierda, el sargento Manyoro hizo chasquear la lengua contra el paladar. León regresó bruscamente del tocador de Verity al presente y reaccionó permaneciendo inmóvil ante la disimulada advertencia. Su mente había estado vagando y había sido negligente en su deber. Todas las fibras de su cuerpo se tensaron como un sedal arrastrado por un pesado marlín en las profundidades de las aguas azules del canal de Pemba. Levantó la mano derecha, ordenando detenerse, y la fila de *askari* se detuvo a cada lado de él. Miró de reojo a su sargento.

Manyoro era un *morani* de los masai. Hermoso miembro de esa tribu, medía más de un metro ochenta de altura, y a la vez era tan delgado y garboso como un torero, llevando con elegancia su uniforme color caqui y el fez con borla: un guerrero africano de punta a punta. Cuando sintió los ojos de León sobre él, levantó su barbilla.

León siguió el gesto y vio los buitres. Había sólo dos girando con las alas extendidas a gran altura por encima de los tejados de la *boma*, la oficina de administración del gobierno en Niombi.

El destino del cazador

–¡Mierda! ¡Maldición! –susurró León en voz baja. No había esperado encontrar problemas. Le habían informado que el centro de la insurrección estaba a poco más de cien kilómetros al Oeste. Este puesto de avanzada del gobierno estaba fuera de los límites tradicionales de las tierras tribales de los nandi. Esto era territorio masai. Las órdenes de León eran simplemente reforzar la *boma* del gobierno con sus pocos hombres contra cualquier posibilidad de que la insurrección pudiera desbordar las fronteras tribales. Y en ese momento parecía que eso era lo que había ocurrido.